

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Non habet tempus aternitas. Omne enim tempus ipsa est... caret aetate quod non licet nasci; si Deus est vetus, non erit: si est novus, non fuit. Novitas initium testificatur, vetustas finem comminatur. Tertull. adv. Marcion.

Ubi putas finem invenit aternitas, ibi incipit. S. Hilarius.

Si quis intra centum annos una solum nocte suave, letumque somnium vidisset, et centenis ob id annis puniretur, appetendum hoc somnium foret? Quod autem est somnium ad centum annos, hoc est praesens vita ad futuram, imo multo minus; et quod est gutta ad pelagum, hoc anni mille sunt ad futuram aternitatem. S. Chrysost. Hom. 20 ad popul.

Quae quisque gravia patitur, in comparatione aeterni ignis, non tantum parva, sed nulla sunt. S. August., serm. 109 de Temp.

Mors depascet eos, quia semper morientur ad vitam, et semper vivent ad mortem. Idem, in Psalm. 48.

Nec putes quia verbis finitis finitur aternitas. Aternitas in verbis quatuor syllabis constat, in se sine fine est. Idem, in Psalm. 143.

Ad districti iudicis justitiam pertinet, ut numquam careat

La eternidad no tiene tiempos; absorbe todo el tiempo... y no puede tener edad lo que no puede comenzar: así, si Dios fuera viejo, no sería eterno; si fuera joven, no siempre habría existido; porque así como la juventud revela un principio, la vejez anuncia un fin.

La eternidad vuelve á empezar allí donde crees que acaba.

Si alguien, por haber tenido siquiera un sueño agradable y alegre en el espacio de un siglo, debiese por esto sufrir un castigo de muchos siglos, ¿sería cuerdo desear otra vez tal sueño? Pues tanto vale un sueño respecto á un siglo, como la vida presente respecto á la futura, y aún mucho ménos; como una gota de agua respecto al mar son también mil años respecto á la eternidad.

Todas las penas más graves que puede el hombre padecer ahora, comparadas con el fuego eterno, no solo son ligeras, sino vanas.

La muerte se cebará en ellos eternamente; porque siempre morirán á una vida feliz, y siempre vivirán para morir desgraciados.

No creas que la eternidad se acabe despues de haberla pronunciado; porque si como palabra no tiene más que cuatro sílabas, como cosa no tiene fin.

Es propio de la rectitud del divino juez no dejar jamás sin tor-

suppliciiis, qui numquam in hac vita voluit carere peccato, et nullus detur iniquo terminus ultionis, quia quamdiu valuit, habere noluit terminum oriminis. S. Greg. lib. 9 Moral.

Semper puniri potest, quod non potest expiari. S. Bernard.

Quid tam penale quam semper velle quod numquam erit, et semper nolle quod nusquam non erit? In aeternum non obtinebit (damnatus) quod vult, et quod non vult in aeternum nihilominus sustinebit. Idem, lib. 5 de Consider. cap. 11.

ETERNIDAD DICHOSA; véase: BIENAVENTURANZA;—CIELO;—GLORIA.

ETERNIDAD DESGRACIADA; véase: INFIERNO.

mento al que en esta vida nunca quiso vivir sin pecado: ni señalar límites á la venganza contra de aquel impío, que, mientras pudo, tampoco quiso poner límites á su mal proceder.

Lo que jamás puede expiarse, siempre debe castigarse.

¿Qué pena más intensa que verse siempre privado de lo que se desea con ardor, y siempre rodeado de lo que se aborrece con furor? Pues el condenado jamás obtendrá lo que desea, y siempre deberá sufrir lo que aborrece.

EUCARISTÍA.

(REVELACION Y PROMESA.)

I.

Panis, quem ego dabo, caro mea est pro mundi vita.

El pan que yo daré, es mi misma carne, la cual daré yo para la vida ó salvacion del mundo.

(JOAN. VI, 52.)

El más tierno de los milagros del Salvador, el más delicioso, y al propio tiempo, el más grande, y magnífico y estupendo, es la Eucaristía. Llámase así, porque es el principal medio por el que los cristianos tributamos gracias á Dios por Jesucristo del beneficio de la Redencion. No es posible en un solo discurso dar una idea de este misterio

augusto, en que se compendia toda la religion; por esto lo consideraré hoy solamente bajo uno de los muchos aspectos en que puede considerársele; y será, el de la *revelacion* y la *promesa*, que aún antes de cumplirlo, hizo de él Jesucristo con figuras y con palabras; y en las diversas disposiciones con que fué acogida aquella promesa y aquella revelacion, vereis representados al vivo el delito y la injusticia de los cristianos, que, aún al presente, la impugnan, y la virtud, la gloria y la felicidad de los que creen en ella: á fin de que, confirmandonos cada vez más en la fé de un misterio tan consolador, mientras que es objeto de contradiccion para los herejes, sea siempre para nosotros objeto de veneracion y de amor, y mientras que esos infelices encuentran en él un motivo para perderse, nosotros encontremos un motivo y una garantía de salvacion. Imploramos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Algunos extrañan que S. Juan, el discípulo predilecto de Jesucristo, haya sido el único evangelista que no haya dicho nada de la Cena eucarística, en la que se obró el mayor de los milagros y el más tierno de los misterios de Jesucristo. Pero no ha sucedido así: el misterio del amor no podia pasarse en silencio, ni lo omitió en efecto, el gran teólogo, el gran evangelista del amor. Si bien no habló S. Juan del modo con que fué instituido este sacramento, fué solo porque habia dicho lo suficiente acerca del modo con que fué *revelado* y *prometido* por el Señor. Ninguno de los evangelistas ha consignado la verdad de este gran misterio como lo ha hecho S. Juan, en el capítulo sexto de su sublime Evangelio. Procuremos, pues, explicar este importantísimo capítulo, y en él veremos el misterio de la Eucaristía, revelado y prometido en los términos más explícitos, con las más tiernas expresiones, y su íntima relacion con todos los dogmas fundamentales de la religion. Dice S. Juan, que el día siguiente de haber el Señor saciado con cinco panes cerca de cinco mil personas, mientras que los judíos estaban todavía bajo la impresion de este portento, mientras que tenian, por decirlo así, todavía en la boca el sabor de este pan milagroso, Jesucristo, al ver que se le acercaban y que querian continuar en su compañía, les dijo: Vosotros me buscáis, no por mi doctrina, atestiguada por los milagros que me habeis visto obrar, sino porque os he dado de comer con aquellos panes, hasta saciaros. Y pasando en seguida de la figura á lo figurado, de la tierra al cielo, añade: Os aconsejo, pues, que trabajéis para tener, no tanto el manjar que se consume, sino el que dura hasta la vida eterna. Y yo os proporcionaré este alimento misterioso, porque en este

pan milagroso, que os daré, imprimió su sello mi Padre celestial: *Cibum quem Filius hominis dabit vobis. Hunc enim signavit Pater* (JOAN. VI, 27.)

Esto dió á comprender á los judíos, que ellos debian merecer tal gracia, haciendo obras agradables á Dios, y, por lo mismo, preguntaron á Jesucristo, qué harian, para ejercitarse en obras del agrado de Dios. Y Jesucristo les respondió: La obra agradable á Dios es que creais *que yo soy el Mesías* enviado por Dios. Pues ¿qué milagro, dijeron los judíos, qué cosas extraordinarias haces tú, para que nosotros veamos y creamos que tú eres el Mesías? Es verdad que has obrado el milagro de la multiplicacion de los panes, y nos has alimentado en medio del desierto; pero Moisés alimentó tambien en el desierto con el maná á nuestros padres, con la diferencia, de que tú nos has dado alimento un solo día, y Moisés alimentó por espacio de cuarenta años á un gran gentío; tú nos has dado á comer un pan terreno, amasado por los hombres, y Moisés dió á comer á nuestros padres pan del cielo y amasado por los ángeles; y, sin embargo, Moisés no pretendió que se le tuviese por Mesías, sino solo por Profeta. ¿Qué decís? les responde el Señor; el maná de Moisés bajaba de los aires, y no del cielo. Mi Padre os dá á vosotros el verdadero pan del cielo, porque pan de Dios es el que ha descendido del cielo y que dá la vida al mundo. Con esto conocieron los judíos, que el pan de que Jesucristo les hablaba era mucho más nutritivo y apreciable que el maná, y que lo puede dar cuando le plazca, porque despues de obrar tantos prodigios, podia hacer uno más singular y extraordinario; y así como, al hablar el Señor de su agua, *que apagaria la sed para siempre*, excitó en la Samaritana el deseo de beber de esta agua misteriosa para no tener sed jamás; así tambien, al hablar á los judíos de su pan, *que saciaba para siempre*, despertó en ellos el deseo de comer de este especialísimo pan para no sentir jamás el hambre: y por eso le dijeron: Señor, danos siempre de ese tu pan milagroso. Y así como Jesucristo, al pedirle la Samaritana el agua material, tomó ocasion para revelar el misterio del agua espiritual de su gracia, así, al pedirle los judíos un pan corpóreo, toma motivo para revelarles el gran misterio del pan divino de su sacramento. En efecto, hablandoles con la autoridad de un maestro y con la majestad de un Dios, sin enigmas ni parábolas, les dijo: *El pan de la vida eterna*, el pan milagroso, superior al maná, de que os he hablado hasta el presente, *soy yo mismo; mi misma carne*, la carne que se inmolará por la salvacion del mundo; y el que se nutra de este pan, alcanzará la vida eterna.

Así se expresaba el Verbo eterno de Dios, y no ya en particular, sino, como lo advierte el evangelista, en público, en medio de la sinagoga de Cafarnaum, en presencia de una gran multitud, en presencia de los fariseos, de los escribas y de los doctores de la ley. Estas palabras, sin embargo, produjeron murmullos, disputas y altercados entre los oyentes. Unos decían, que Jesucristo quería dar en realidad su cuerpo para alimento, otros opinaban en sentido contrario. Y ¿qué hizo Jesucristo al oír estas disputas de los judíos? ¿Modificó por ventura sus palabras? Al contrario: Altercad, les dijo, altercad cuanto querais, sobre la imposibilidad de que yo os dé á comer mi carne: en verdad, en verdad os digo, que si no comiereis la carne del Hijo del hombre, y no bebiereis su sangre, no tendreis vida en vosotros. Y luego repitió: Solo aquel que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día. No se trata de símbolos ni de figuras, continuó diciendo, sino de verdad y de realidad; se trata de una comida, no ideal y fantástica, sino física y real. Mi carne es verdaderamente comida, y mi sangre verdaderamente es bebida. Así como cualquiera otra comida material y cualquiera otra bebida de la propia clase, entra verdaderamente en el cuerpo del que la recibe, y se transforma y se identifica con él; así también, el que come mi carne y bebe mi sangre, en mí mora y yo en él. Y así como por haber venido á este mundo no me he separado de mi Padre, aún cuando yo haya sido enviado por él, sino que, unido á él, vivo siempre en él y con él; así también, el que se alimenta de mí, vivirá siempre para mí; y seré el alimento de su vida espiritual, como la comida lo es de la vida material, y mi carne, inseparable de mi divinidad, le hará partícipe de la vida divina que yo recibo de mi Padre.

Varios discípulos, al principio, creyeron parabólico y figurado el discurso de Jesucristo; pero al oír repetir y explicar lo mismo con palabras tan claras y tan terminantes, no dudaron ya, ni era posible que dudasen, de que el Señor hablaba de la comida verdadera y real de su cuerpo; y por lo mismo, uniéndose á los incrédulos judíos, en vez de ser discípulos dóciles de Jesucristo, pretendieron erigirse en maestros; en vez de creer, empezaron á disputar, y dijeron entre sí: ¿Qué lenguaje es este tan absurdo y tan extravagante? ¿Querernos obligar á comer de su carne! ¿Dura es esta doctrina! ¿Y quién puede escucharla? ¿Quién puede creer, que es necesario comer de sus carnes para alcanzar la vida eterna? ¿Cómo nos dará él á comer esta carne? ¿Viva, ó muerta? Así se aumentan los murmullos, crece la oposición, y la incredulidad se aumenta y se manifiesta en público.

Y ¿qué hizo Jesucristo para apaciguar el tumulto? En vez de disminuir la dificultad que habían creído ver los discípulos, respecto al modo de multiplicar su cuerpo para darlo á comer á todos, agravó esta misma dificultad, diciendo: ¿Esto os escandaliza? Vosotros no comprendéis como puedo yo daros á comer mi carne ahora, siendo así que estoy todavía en la tierra. Pues ¿qué será cuando viereis al Hijo del hombre subir á donde ántes estaba? ¿Cuánto más difícil será entónces creer, que, estando yo en el cielo, pueda dar á comer mi cuerpo á los hombres en la tierra? Dos observaciones habían excitado especialmente la oposición y la incredulidad de los Cafarnaitas, y de los discípulos que formaron causa comun con ellos. La primera fué, que Jesucristo les había impuesto un precepto solemne, de comer su carne y de beber su sangre; y «¿qué barbarie, decían, pretender que comamos su carne hecha pedazos, nosotros, que detestamos la comida de las carnes humanas! ¿Y querer que bebamos sangre humana, nosotros, que nos abstenemos de la sangre de los más puros animales!» La segunda observación era, que Jesucristo hubiese hecho de esta comida horrible (según entendían ellos) y de esta bebida cruel, una condición indispensable para conseguir la vida eterna. «¿Qué relación puede haber, añadian, entre comer la carne de un hombre y poseer á Dios; entre nutrirse de la carne de un muerto, y vivir siempre, no morir jamás?» La sabiduría encarnada desvaneció con dos palabras estas dos dificultades; porque continuó diciendo: El espíritu es quien dá la vida: la carne ó el sentido carnal de nada sirve para entender este misterio; las palabras que yo os he dicho, espíritu y vida son. Con lo cual quiso decir, que el acto de comer su cuerpo debía hacerse de un modo espiritual, de un modo que solo el espíritu debía y podía comprender: esto es, de un modo *sacramental*, bajo las especies de pan, sin que fuese necesario despedazar este cuerpo divino; lo cual hubiera quitado á esta cena celestial todo el horror y toda la repugnancia, convirtiéndola en un pasto agradable y delicioso para las almas piadosas y fieles; pero que, tomada esta comida y esta bebida de un modo tan espiritual y tan nuevo, bajo el símbolo del pan y del vino, había de contener, sin embargo, su verdadero cuerpo y sangre, como principio de inmortalidad y de vida. En segundo lugar, quiso decir también, que su carne daba la vida, no precisamente por ser *carne humana* (pues como tal no tenía virtud alguna sobrenatural), sino por ser *su carne*; es decir, por estar unida sustancialmente á la divinidad del Verbo el *espíritu* por excelencia, y como tal, convertida en *carne vivificante* y divina, capaz, por lo mismo, de dar al hombre, que se alimenta de ella, la vida eterna del

alma, y de hacerla inmortal aún en el cuerpo: ved aquí, como en las palabras de Jesucristo todo es espíritu, santidad, verdad y vida.

Si los orgullosos judíos, en vez de constituirse jueces de las palabras del divino Maestro, le hubiesen pedido humildemente la explicación de las mismas, indudablemente se la hubiera dado el Salvador; pero, al contrario, solo les reconvino y censuró, diciendo: Hay algunos entre vosotros, que no creen ni quieren creer, y para ellos cualquiera explicación sería inútil; solo serviría para hacerlos más culpables. No quieren ceder sino al raciocinio humano, y por esta causa os he dicho, que nadie puede venir á mí sino en virtud de la luz, que es un don de mi eterno Padre. Privados de este auxilio y de esta luz, que ellos no procuraron buscar, porque creían que no la necesitaban, se apartaron de Jesucristo, desistieron de su escuela, se separaron de los apóstoles, y dispersándose, dejaron de tomar parte en la verdadera Iglesia, á la que presidía visiblemente Jesucristo. Dirigiéndose el Señor entonces á los doce apóstoles, que le habían permanecido fieles, les dijo: Y bien, ¿qué quereis hacer vosotros? ¿Quereis también retiraros? Entonces Pedro exclamó, á nombre de todos: «Señor, ¿qué dices? ¿Nosotros retirarnos? Y ¿adónde y á quién habíamos de ir nosotros, separados de tí, que eres el único que tienes palabras de vida eterna? No, nuestra elección está ya hecha; nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Mesías prometido, el Hijo del hombre, y al mismo tiempo el Hijo consustancial de Dios.» Esta confesión y estas palabras ensanchan el corazón del que las concibe. ¡Cuán dulces son en boca del que las pronuncia! Son el lenguaje de la verdadera fé, para uso de los verdaderos discípulos de Jesucristo. Pueden, por consiguiente, traducirse de este modo: Señor, ¿en quién creeremos, si no queremos creer en tí? A tí te toca hablar, y á nosotros creer; á tí te corresponde mandar, y á nosotros obedecer; porque tú eres el pastor, y nosotros las ovejas; tú eres el maestro, y nosotros los discípulos; nosotros somos hombres, y tú eres Dios.

2. Los herejes cristianos, imitando á los primeros herejes judíos, osaron afirmar, que la Iglesia católica está en un error, respecto á su fé en la Eucaristía. Según ellos, Jesucristo habló solo de una comida espiritual y simbólica, y no sensible y real; la carne de Jesucristo, de que se debe nutrir el cristiano en el tiempo, so pena de morir en la eternidad, no es más que la fé en la Encarnación del Señor; y la Eucaristía solo contiene su cuerpo en *figura*, y no en realidad. Gracias debemos dar al divino Maestro, cuyo discípulo predilecto, verdadero intérprete de los secretos celestiales de aquel corazón divino, sobre

el cual, descansó en la noche de la Cena, nos proporciona seis argumentos, en los que se destruyen de antemano estas necias blasfemias, y se vindica la fé de la verdadera Iglesia. El primer argumento es: que en el propio capítulo sexto de S. Juan, habló Jesucristo de la necesidad de creer en su Encarnación, diciendo: La primera obra agradable á Dios es, que creáis en el Mesías que él os ha enviado; y después añadió: Quien cree en mí, tiene la vida eterna. Y después de inculcar de esta suerte la fé en la Encarnación, pasó á hablar de la necesidad de comer su carne, para conseguir la inmortalidad del alma y del cuerpo. Ved aquí, pues, como el Señor distingue, con mucha claridad, el dogma de la Encarnación y el de la Eucaristía; la necesidad de creer en su Encarnación, y la de alimentarse de su cuerpo. Ved aquí impuesto dos preceptos distintos: el de creer en Dios encarnado, y el de alimentarse de Dios sacramentado.

Veamos el segundo argumento: habiendo dicho el Señor: *Mi carne es verdaderamente comida, y mi sangre es verdaderamente bebida*, significó claramente, que debía tomarse verdadera, sensible y realmente su cuerpo con la boca, como se hacia con el maná; y es un solemne despropósito decir, á vista de unas palabras tan claras y tan terminantes, que Dios solo habló de una comida mística y espiritual, y de una creencia mental en la verdad de su Encarnación.

Luego después, hablando el Señor de este misterio, dijo: Nadie puede venir á mí, si el Padre que me envió no le atrae. Todos serán enseñados por Dios. Así, pues, el que ha escuchado á mi Padre y aprendido su doctrina, viene á mí. Es decir, que se necesita un don especial de fé del eterno Padre para creer en él. Pues bien, nunca, como en esta circunstancia, habló el Señor con tanta fuerza de la necesidad de este divino magisterio, de esta gracia divina para humillar el entendimiento á la fé. Por lo tanto, si la Eucaristía solo fuese un pan bendecido, *figura*, y nada más que figura de un pan celestial; si no fuese sino una *imagen* ó un *signo* de la Encarnación del Verbo; si no debiese comersse en realidad su carne en este sacramento; si esta comida fuese espiritual; ¿en qué habia de encontrar la razón dificultades tan grandes, que, para vencerlas, es necesario todo el poder de la gracia de Dios, es necesario que el eterno Padre conceda el gran don de la obediencia y de la docilidad de la fé, que obra en el entendimiento y en el corazón del hombre?

Jesucristo, en el citado capítulo de S. Juan, habla quince veces de su cuerpo como de una comida, y de su sangre como de una bebida; pues bien, las repeticiones de la Escritura indican, que las palabras,

así repetidas, se deben entender en el sentido natural de la letra, excluyendo toda idea de parábola y de figura.

Otra prueba de la misma verdad tenemos, en que si Jesucristo hubiese hablado en un sentido espiritual y metafórico, no hubieran tenido los oyentes dificultad alguna en dar crédito á sus palabras, no hubieran encontrado la menor extrañeza ni singularidad en sus palabras, no hubiera habido motivo para decir, que era imposible alimentarse de su carne. Pero los discípulos murmuraban, los discípulos cuestionaban entre sí; los discípulos se escandalizaron, se dieron por ofendidos del lenguaje del Señor; los discípulos, en fin, se apartaron de Jesucristo; y ¿por qué? Porque comprendieron, que Jesucristo queria decir, que su carne debia servir de alimento al alma para la salvacion eterna, y al cuerpo para resurreccion inmortal, y que exigia de ellos la comida verdadera, real y positiva de su carne. Se dirá, tal vez, que aquellos primeros discípulos, siendo rudos y carnales, hubieron de tomar en sentido material el lenguaje metafórico del Señor. Pero aún cuando así fuese, el Señor no los hubiese reprendido, hubiera desvanecido un error tan grosero, pero disimulable. Hubiera ciertamente dicho, como lo habia hecho otras veces: ¡Necios! ¿No comprendéis que os he hablado solo en parábola y en figura? Pero, no solo no dijo esto, sino que, al contrario, insistió en la necesidad de comer *verdaderamente* su carne.

La revelacion y la promesa del misterio eucarístico se hicieron por igual á todos; pero su dificultad no fué comun á todos. Los apóstoles no recibieron entónces una explicacion especial fuera de la que se dió á los demás discípulos y al pueblo; los apóstoles no comprendieron mejor que los demás, cómo habia de dar el Señor su misma carne en comida y su misma sangre en bebida; no conocieron mejor que los demás, cómo Jesucristo habia de convertirse en alimento del hombre. Sin embargo, los discípulos orgullosos murmuran de estas palabras, y los apóstoles las acogen con docilidad; los discípulos toman de esto ocasion para apartarse del Señor como de un impostor, y los apóstoles, sin conmoverse por este, escándalo, se acercan cada vez con mayor afecto á la persona del Señor, como al verdadero Hijo de Dios, y todos ellos, de comun acuerdo, le hacen, por boca de Pedro, esta declaracion tan tierna y tan generosa: «Jamás, Señor, nos separaremos de tí, pues eres el único que profieres palabras de vida eterna, único á quien nosotros reconocemos y creemos verdadero Hijo de Dios y Salvador del mundo.» Este gran misterio, desde el primer instante en que fué revelado y prometido, fué motivo de oposicion para unos y objeto de amor para otros; fué ocasion de

muerte y de ruina espiritual para aquéllos, y para éstos motivo de resurreccion y de vida. Ved aqui representada en este grande é inolvidable acontecimiento, la acogida distinta que, aún al presente, encuentran entre los cristianos la revelacion y la fé de la Eucaristía. En efecto, en la murmuracion que promovieron contra este misterio los Cafarnaitas, en el acto de apartarse de Jesucristo, de lo que dieron el primer ejemplo funesto, por no creer en su divina palabra, es imposible no ver la figura, la profecía y la historia anticipada de la obstinacion, que los modernos herejes oponen á este augusto misterio; y, al contrario, en la firmeza, en la constancia de los apóstoles, que permanecieron en compañía de Jesucristo, y en la protesta que hicieron de su fé y de su amor, no puede ménos de reconocerse el tipo de la conducta de nosotros los católicos, nuestra gloria y nuestra dicha.

Dichosas vosotras, almas verdaderamente cristianas, que, habiendo heredado de los apóstoles el espíritu de fé, de veneracion y de amor, venerais con humildad este divino misterio, meditais en él con alegría, lo buscais con ansia, acudís á él con frecuencia, y participais de él con una fé viva, con una conciencia pura, con un deseo vivo, con una confianza sincera, con devoto afecto y con tierna caridad. Para vosotras, este augusto misterio es una prenda de resurreccion y de gloria. Aprovechaos de estos ejemplos, vosotros cristianos tibios é indiferentes; haced revivir en vosotros el sentimiento religioso, que está ya para extinguirse; imitad la devocion de los buenos, su recogimiento y su fervor; tened fé y veneracion al misterio de amor, y será para vosotros lo que Jesucristo quiso que fuese para todos cuando lo instituyó; es decir, el bálsamo de las heridas del alma, la esperanza del perdon, el alimento que dá la fuerza, el origen del mérito, el tesoro de la gracia, el sello de la perseverancia final y la prenda de la vida eterna, que os deseo. Amen.

EUCARISTÍA.

(INSTITUCION DE LA)

II.

*Memoriam fecit mirabilia suorum misericors et miserator Dominus: escam dedit timen-
tibus se.*

Memoria eterna dejó de sus maravillas: misericordioso y compasivo es el Señor: ha dado alimento á los que le temen.

(Ps. cx, 4.)

La obra más notable y extraordinaria de Dios, no fué la creacion del mundo, sino su redencion. Para criarlo, bastó sacarlo de la nada; para redimirlo, hubo de triunfar del pecado, y el pecado es más contrario á Dios que la nada.

Ved aquí por qué S. Pablo personificó *la sabiduria y el poder de Dios*, no en el Verbo eterno, considerándole como la palabra que fecundiza la nada, y hace salir de ella en breves instantes el universo, sino en el Verbo de Dios hecho hombre, que en la cruz derramó su sangre, agonizó, y fué víctima del pecado para salvar al mundo pecador: *Jesum Christum crucifixum, Dei virtutem et Dei sapientiam.*

Al reyés de lo que sucede con las obras de los hombres, de las cuales se pierde el nombre y la memoria, esta obra inefable é incomprendible, esta obra de Dios por excelencia, *la redencion del mundo*, realizada por medio del *sacrificio de la cruz*, aunque tuvo efecto diez y ocho siglos há, es un misterio siempre nuevo y siempre actual, porque Dios, como lo habia anunciado por medio de su profeta, en el exceso de su misericordia y de su bondad, quiso hacer perpétua su memoria en el grande é inefable misterio de la Eucaristía, en el cual se quedó para ser el alimento de sus siervos fieles y para infundirles nuevo valor.

Por esto la Eucaristía es el misterio de los misterios, el prodigio de los prodigios; porque en ella se compendian, se renuevan y se

aplican sin cesar á los fieles los prodigios y los misterios de la pasion y muerte de Jesucristo; siendo, por la misma razon, una prenda de inmortalidad y de gloria.

Así se comprende por qué el Señor no lo instituyó hasta la vispera de su pasion, poco ántes de morir por nuestro amor, y por qué, al instituirlo, mandó explicitamente, que se celebrase este sacramento por nosotros en memoria de su pasion y muerte.

Vamos, pues, hoy á examinar esta *institucion* inefable de la Eucaristía, y veremos, como á la revelacion y á la promesa de este sacramento corresponde la institucion. Imploremos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. En sus dias, anunció David, que los reyes de la tierra y las potestades del infierno se conjurarian para fraguar el más criminal proyecto con el objeto de dar muerte al Hijo de Dios, al Salvador del mundo, y borrar de la tierra su memoria y su nombre; pero tambien anunció el Profeta rey, que el Dios, que habita en los cielos, burlaria estos designios y estos esfuerzos tenebrosos, y los convertiria en oprobio. Pero ¿no pusieron, en efecto, los impíos sus manos sacrilegas sobre el Hijo de Dios hecho hombre? ¿No le crucificaron y le dieron muerte sin compasion? ¿Cómo, pues, se cumplió el oráculo profético, de que serian estériles é impotentes los consejos de los hombres y del infierno contra la vida del hombre Dios? Este oráculo se cumplió especialmente por medio de la Eucaristía; porque en este misterio, Jesucristo se ha dado á sí propio una nueva existencia, una vida nueva: la vida y la existencia sacramental, por la que, á despecho de todos los esfuerzos de los hombres y del infierno, permanecerá siempre en el mundo, hasta la consumacion de los siglos.

Una noche, los enemigos de Jesucristo, y uno de sus mismos discípulos, los escribas y los fariseos, los judíos y los romanos, se conjuraron para prender al Mesías, con el objeto de inmolarlo á su odio y á su furia. Pues bien, esta noche fué la escogida por el Salvador para dar á los hombres la prueba mayor de su tierno amor. Terminada la Cena legal del místico Cordero, tomó en sus divinas manos un pan, y dando gracias á Dios, lo bendijo, lo partió y distribuyó á sus discípulos, diciendo: *Tomad y comed: este es verdaderamente mi cuerpo; mi mismo cuerpo, que es inmolido por vuestro amor.* Tomando despues el caliz lleno de vino, y dando igualmente gracias á Dios, lo bendijo, y empezando por beber, lo dió á sus discípulos, para que ellos tambien bebiesen, diciéndoles: « Bebed todos de este caliz; porque *esta es mi sangre del Nuevo Testamento*, que se derramará por

vosotros y por todos para la remision de los pecados. » Palabras sencillas, pero sublimes; claras, pero misteriosas; concisas, pero elocuentes; poderosas y eficaces para demostrar la inefable y profunda verdad del misterio. Empezad por notar, que Jesucristo no instituyó la Eucaristía, sino despues que hubo terminado la Cena del cordero prescrita por la ley; y con este hecho reveló claramente, que la Pascua legal era una figura de la verdadera Pascua eucarística.

No olvideis tampoco, que cuando el Señor obró el milagro de la multiplicacion de los panes, levantó los ojos al cielo, dió gracias á su eterno Padre, bendijo el pan que tenia en sus manos, lo dividió, y lo dió á sus discípulos para que lo distribuyesen al pueblo. Iguales ceremonias repitió el Hijo de Dios en la institucion de la Eucaristía; y los evangelistas nos las refieren con idénticas palabras. Nadie ignora, que en los Libros santos hay una relacion de misterios entre los diversos pasajes de la Escritura, en que se leen las mismas frases. Luego, al repetir el Señor en la institucion de la Eucaristía las propias ceremonias, de levantar los ojos al cielo, de dar gracias á su Padre, de bendecir el pan, dividirlo y distribuirlo, como lo habia hecho en la multiplicacion de los panes, nos dió claramente á conocer, que en estas dos circunstancias se trató del mismo misterio.

Examinad tambien las palabras de los evangelistas: Tomó el pan, *Accepit panem*; sin embargo, al explicar la Cena, el evangelista no habia hablado *del pan*. ¿Cuál fué, pues, este *pan*, que tomó en sus manos el Señor? Fué aquel pan de que habia hablado ámpliamente en la sinagoga de Cafarnaum, donde habia prometido solemnemente dar su cuerpo; el pan, cuyos efectos sobrenaturales, con respecto á la salvacion eterna del alma y á la inmortalidad del cuerpo, habia anunciado con tanta magnificencia. Por consiguiente, esta frase tan sencilla: *Tomó en sus manos el pan*, armoniza la revelacion hecha en Cafarnaum con el misterio realizado en Jerusalem; se armonizan la sinagoga y el cenáculo, y se sirven recíprocamente de explicacion, de comentario y de prueba.

¡Singular y admirable economía de la sabiduría de Dios para establecer sólidamente la verdad de un misterio tan grande! Si no tuviésemos más que la revelacion y la promesa de la Eucaristía, cual la refiere el evangelista S. Juan, sin la historia de su institucion, que nos la refieren los otros evangelistas; ó si tuviésemos tan solo la reseña de la institucion, sin la noticia de la revelacion y de la promesa, cualquiera de estos dos párrafos del Evangelio, explicados por la tradicion y confirmados por la creencia universal de la Iglesia, bastaria para convencernos de la verdad del misterio. Pero el Señor no ha querido

fundar solo en una de estas dos circunstancias el testimonio escrito de una verdad tan sublime é incomprensible; sino, que quiso dejar consignadas tambien la predicacion y la enseñanza, la palabra y la accion, la doctrina y el hecho, la promesa y la realizacion del mismo misterio. ¿Quereis saber lo que hizo el Salvador cuando, al tomar en sus manos el pan y el vino, dijo: *Este es mi cuerpo, esta es mi sangre*? Pues leed el capítulo de S. Juan, en que dice: «Yo daré en el pan mi misma carne, que debe inmolarse por la salvacion del mundo. Yo haré de mi carne una verdadera comida, y de mi sangre una bebida real.» Puso en obra la gran verdad que nos habia revelado claramente; instituyó el augusto sacramento que habia prometido tan solemnemente; cumplió su palabra de darnos algun día su mismo cuerpo por comida y su misma sangre por bebida.

La sorpresa, el consuelo y el encanto que experimentaron los apóstoles, al oír y al ver que se obraba tan gran portento, no caben explicarse. A la revelacion que el Señor les habia hecho, le habian contestado por boca de Pedro, con una declaracion, con una protesta humilde, pero llena de confianza; tierna, pero generosa. Esto es, los apóstoles hablaron entónces del modo más propio y más característico de un discípulo fiel de Jesucristo, que no procura sondear por curiosidad los oráculos del divino maestro, sino que se limita á oírle con docilidad, aunque no le entienda, á creerle con humildad, aunque no le comprenda, aguardando con piadosa resignacion el tiempo en que se digne el divino maestro aclararle la significacion de sus misterios. Para los apóstoles llegó este tiempo en la última Cena. El Señor tomó entónces en sus divinas manos el pan, y convirtiéndolo con su palabra omnipotente en su verdadero cuerpo, manifestó con este hecho, que el pan material y visible es la sustancia elegida por él para encubrir un pan invisible y celestial, que, bajo los accidentes del pan corpóreo, alimento del cuerpo, se encubre el alimento espiritual, que dá inmortalidad al alma y al cuerpo. Los apóstoles vieron entónces con sus ojos, la verdad del misterio que habian oído ántes; vieron la realidad de la promesa que habian creído; y en premio de su docilidad y de su fé, recibieron la explicacion clarísima del misterio, que se habia negado á los discípulos apóstatas, orgullosos é incrédulos. Al decirles el Señor: *Tomad y comed, este es mi cuerpo; tomad y bebed, esta es mi sangre*; fué lo mismo que si les hubiese dicho: «Este es el pan celestial preferible al maná; este es el alimento divino que yo os prometí. Ya veis como yo, viviendo todavía entre vosotros, os he dado mi carne por comida y mi sangre por bebida. Comed todos y bebed todos: *Manducate, et bibite omnes;*»